



HERMANDAD ORTODOXA

"SAN SERGIO"

AÑO I - N° 1

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1986

¡ ES TIEMPO DE EMPEZAR !

(Traducido de "Dushepolezni
Sobesednik" Monte Athos, 1909)

"Aquellos que llevaron a cabo alguna empresa o cumplieron algún emprendimiento en su vida, unánimemente declaran que la decisión de obrar es de la mayor importancia, dar el primer paso, empezar.

No hay nada mas torpe que un hombre que por mucho tiempo pensó en realizar algo, que tiene amplias oportunidades de poner manos a la obra, y que -sin embargo- parece como que no puede tomar la decisión de comenzar. Hay -podemos agregar- ciertas actividades en que de acuerdo a los entendidos, las acciones son cumplimentadas ni bien se inician.

Por ejemplo, los constructores de iglesias, de todo corazón admiten que cada iglesia "se construye a sí misma"; es suficiente con comenzarla y el dinero y materiales vendrán por sí mismos.

Del mismo modo es esto verdadero en la construcción espiritual, con la obra de auto-enmienda, de complacer a Dios. Después de todo, los hombres son llamados "templos del Espíritu Santo". Por nuestras obras, nuestras acciones, debemos hacer de nosotros mismos un templo para el Espíritu Santo. Pero no tenemos suficiente determinación para comenzar la construcción. Y es esta verdadera falta de determinación la que constituye nuestro mayor infortunio.

En sus labores ascéticas, San Serafín de Sarov igualó -si no sobrepasó- las alturas espirituales de los grandes Padres de la antigüedad. En esos "podvigs" llegó a conocer por experiencia la fortalecedora Gracia de Dios. No mucho antes de su reposo, se le preguntó porque el hombre contemporáneo tan raramente alcanza el nivel espiritual de los antiguos Padres. "Por que, contestó el santo staretz, les falta determinación". Pero Dios está tan presto como siempre para ayudar a los que buscan complacerlo, y Su Gracia es siempre Todopoderosa:

JESUCRISTO, EL MISMO AYER, HOY Y SIEMPRE.

Concluimos, de este modo, en que no tenemos determinación y es necesario por lo tanto, usar todos los medios posibles para forzarnos a nosotros mismos a ser determinantes. Debemos obligarnos punzándonos con el pensamiento en que tal vez este sea el último mes, incluso la última semana de nuestra vida.

Cada uno sabe cuál es su mayor falta, su mayor debilidad, la que más que cualquier otra cosa lo aleja de Dios. Es contra esta debilidad que uno debe resueltamente levantarse, usando todos los medios posibles contra ella sin compromisos, sin desfallecimientos, luchando hasta sangrar si es necesario.

Cuanta gente, por ejemplo, perece y abandona a Dios por la inmoralidad. Este es uno de los más extendidos pecados que apresenan sus garras a gente que por otra parte es buena -misericordiosa, piadosa, generosa- pero esta pasión evita que se entreguen de todo corazón a Dios.

Y aquí está lo principal: DETERMINACION, perseverancia al principio cuando es mas fuerte el impulso de retornar al pecado acostumbrado. Si uno puede, preservarse durante estos primeros meses críticos, el primer semestre, y cultivar el hábito de la conducta casta, como previamente cultivaba el hábito lujurioso.

Aquí es necesario tener la máxima determinación y no temer tomar las medidas necesarias. Si usted debe restringirse a comer sólo pan y agua, ¡hágalo! Si debe por un tiempo evitar de visitar a ciertos amigos, piense un pretexto. Si dormir menos ayudase, no resista incluso este medio. Separe el tiempo que usted previamente usaba en diversos placeres que se convertían en pasión en el alma; úselo ahora para leer libros espirituales y asistir a los servicios eclesiásticos.

Uno de los antiguos ascetas, experimentado en la lucha de las pasiones, expresó una profunda verdad: "el diablo del placer es como un perro hambriento que se ha hecho un hábito en ir siempre a aquella casa donde se le arroja cada vez un hueso, pero dejadlo algunas veces sin el hueso, y pronto romperá el hábito."

Y así, ante cualquier pasión que nos aflija, convirtámonos en verdaderos hombres y no seamos como niños indefensos; rechacemos nuestro mal, no sólo porque nos está destruyendo, sino porque pecando crucificamos a Cristo, a Quien amamos, y a Quien deseamos servir. Digámonos: "Hoy comenzaré a servir a Dios, desde este mismo día comienza mi renovación espiritual".

Viendo vuestra firme determinación, el Señor infaliblemente vendrá en su ayuda, fortaleciendo su humana debilidad con Su Divina Fortaleza."

-----0-----

Hemos querido comenzar, este, nuestro nuevo ciclo de aparición de la revista de la Hermandad Ortodoxa "San Sergio", insertando a modo de presentación el comentario precedente. Nos ha parecido que las sabias reflexiones de los santos monjes del Monte Athos, arriba expresadas, eran las más apropiadas.

No sólo porque esta revista es también fruto de tales reflexiones, sino porque éstas se agregan nuestros objetivos, los cuales -y por ello imploramos humildemente a Dios nuestro Salvador- deseamos que se cumplan entre nuestros lectores y entre todos nosotros, cristianos.

Huelgan otras palabras, todo ha sido magníficamente dicho en los párrafos aludidos. Sí, para finalizar, citaremos de aquellos, su parte final:

"Repitámonos más frecuentemente las palabras de una de las veinticuatro súpticas de la maravillosa plegaria del gran jerarca San Juan Crisóstomo, numeradas de acuerdo a las veinticuatro horas del día:

"Señor, aunque no he hecho nada bueno a Tus Ojos,
concédeme por Tu Gracia hacer un buen principio."

OBJETIVOS DE LA HERMANDAD ORTODOXA "SAN SERGIO"

El Cristianismo, a través de su manifestación más pura que es la Ortodoxia, provee al hombre de todo aquello que éste necesita para salvar su alma y de principios rectores para resolver los problemas que se le presentan en su vida.

Cada vez que una sociedad se desvía de su camino inspirado en la Ortodoxia, cae en un estado anormal, enfermizo y decadente.

En consecuencia, para la salvación del mundo es necesario un renacimiento de la sociedad cristiana, que puede evaluar y resolver todos los fenómenos de la vida actual desde un punto de vista inspirado en una cosmovisión Ortodoxa.

La Hermandad Ortodoxa "San Sergio" está llamada a convocar y favorecer al renacimiento espiritual y moral de la sociedad. Debe propagar las verdades de la Ortodoxia no como dogma abstracto, sino como un dogma aplicable prácticamente a las condiciones del momento, indicando cómo se resuelven, sobre la base de principios Ortodoxos, los problemas de la vida personal, la vida social o política.

Fomentar el resurgimiento de una conciencia y auténtico sentir nacional, que descansarán sobre principios netamente cristianos, caracterizados por su valor y estoicismo.

La custodia de la unidad familiar bajo la serena y recta conducción del padre de familia, es otro objetivo primordial de la Hermandad. La Ortodoxia a la luz del Evangelio y las enseñanzas de los Santos Padres, pone especial cuidado en la atención de la familia, pilar de la sociedad y grandeza de los pueblos.

Por último, es menester puntualizar que, la Iglesia, Madre y Rectora de todos los principios de la Ortodoxia, tendientes en su totalidad al Bien Común, está formada según la concepción cristiana, no sólo por eclesiásticos, TODO EL PUEBLO ORTODOXO FORMA LA IGLESIA. Esta unidad y unión con Cristo, que se materializa a través de los Santos Sacramentos, es precisamente la Iglesia, el Cuerpo de Cristo.

Los sacerdotes y los obispos son los conductores de la vida de la Iglesia, pero la participación activa en Ella y la responsabilidad por su actividad, recae también sobre los laicos.

Es también objetivo importantísimo de la Hermandad crear la conciencia de esa participación.-

SIGNIFICADO DE LA CUARESMA

El 28 de noviembre según el calendario Gregoriano, 15 de noviembre de acuerdo con el calendario Juliano, festividad de San Germán, taumaturgo de Alaska, comienza el ayuno de Navidad. La Cuaresma Navideña. Tiempo de preparación para la celebración de la Navidad de Dios Nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Siendo la Iglesia Ortodoxa, fiel a las enseñanzas y disposiciones que los Santos Padres nos legaran, se prepara mediante el ayuno y oraciones a celebrar los sagrados misterios, las fiestas más importantes.

Creemos conveniente, por lo tanto, recurrir a nuestro Padre entre los Santos, San Juan Crisóstomo, quién con gran sabiduría y sencillez nos enseña el significado de la Cuaresma en su breve discurso: "Sobre el ayuno".

- "¿Por qué causa, entonces, dice, ayunamos estos cuarenta días? Anteriormente muchos llegaban a los sagrados misterios temerariamente y sin preparación alguna, fundamentalmente los días en que Cristo nos los entregó. Y como entendieron los Padres el año que se cometía acercándose a los misterios negligentemente, se reunieron y establecieron cuarenta días de ayuno, oraciones, sermones y reuniones para que limpiándonos diligentemente por las oraciones, limosnas, ayuno, vigiliias, lágrimas, confesiones y todas las demás cosas, nos acercáramos de tal modo con conciencia pura según nuestra capacidad. Y es evidente que hicieron algo muy grande y célebre con esta su condescendencia, que consiguieron que nos acostumbáramos a ayunar. Porque ciertamente, aunque durante todo el año no cesáramos de clamar y de predicar el ayuno, nadie atendería nuestras palabras; pero en cuanto llega el tiempo de cuaresma, aunque nadie predique ni aconseje; aún el más negligente se excita y acepta el consejo y exhortación que le impone el tiempo mismo. Por ello, si el judío o el gentil te pregunta por qué ayunas, no le digas que por la pascua o por la cruz; porque respondiendo de tal forma, le das mucha ocasión (a que nos ataquen). NO AYUNAMOS POR LA PASCUA NI POR LA CRUZ, SINO POR NUESTROS PECADOS, Y PORQUE NOS VAMOS A ACERCAR A LOS SACRAMENTOS. Pues desde otro punto de vista, la pascua no es ocasión de ayunar ni de luto, sino de gozo y alegría....

....Decía Dios a los judíos por medio del profeta: -Si ayunáis para críticas y rencillas ¿para qué ayunáis?, pero a vosotros os dirá por mi medio: Si ayunáis para juramentos y perjurios ¿para qué ayunáis? - Porque ¿cómo podremos ver la sagrada pascua? ¿Cómo recibiremos los misterios Santos? ¿Cómo participaremos de los santísimos sacramentos con la misma lengua con que despreciamos la ley de Dios, con la misma lengua con que mancillamos el alma? Porque si nadie se atrevería a tocar la púrpura imperial con las manos manchadas, ¿cómo recibiremos el cuerpo del Señor con la lengua pecaminosa?...

Bién se yo, ciertamente, que habéis puesto empeño en libraros de esta maldad; pero ya cada uno por sí no logrará con facilidad la enmienda, establezcamos cofradías y sociedades y hagamos lo que suelen hacer los pobres en los convites, que no pudiendo cada uno personalmente dar un convite amplio, reunidos todos, contribuyen a una mesa común; así debemos hacerlo, pues, también nosotros; y ya que cada uno de nosotros somos descuidados, formemos mutuamente sociedades y hagamos el pacto de contribuir cada uno con su consejo, aviso, exhortación, increpación, reconvención y amenaza, para que con el empeño de cada uno nos corriamos todos. Y como los defectos ajenos los vemos con antelación a los nuestros, cuidemos nosotros de ellos y encomendémosles el cuidado de nosotros, y trabemos esta hermosa contienda para que así, sobreponiéndonos a esta mala costumbre; lleguemos con segura conciencia a esta Santa Festividad y participemos del Santo Sacrificio con buena esperanza y limpia conciencia, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo; por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén."

Sigue a continuación, la Homilía 9ª del mismo Santo Padre, San Juan Crisóstomo, sobre la penitencia.

"- Como nada aprovecha la siembra a los sembradores cuando arrojan la semilla junto al camino, tampoco nos aprovechará a nosotros llamarnos cristianos, si no hacemos la obra que exige nuestro nombre. Y si os parece bien, traeré como testigo fidedigno de estas palabras a Santiago, hermano del Señor, que dice: La fé sin obras es muerta (Santiago, 2:17) Luego en todas partes son necesarias las obras, pues sin ellas nada nos aprovechará el nombre de cristianos.

Y, ¿cómo podrá salvarse, dices, el que se halla en este mundo y en medio de los negocios? ¿Qué estás diciendo hombre? ¿Quieres que te pruebe brevemente que no es el sitio lo que salva, SINO LA VOLUNTAD Y LAS COSTUMBRES? Adán en el Paraíso, como en un puerto naufragó (Gen. 3); Lot, en Sodoma, como en altamar, se salvó (Gen. 19); Job fué justificado en un estercolero (Job 2); y Saúl, entre mil tesoros, perdió el reino presente y futuro. No te excusas cuando dices: no puedo estar en el mundo y salvarme en medio de los negocios.

Pero ¿de donde vienen estas cosas tan graves? Porque algunos frecuentemente NO ASISTEN A LAS ORACIONES Y OTROS OMITEN LAS REUNIONES DIVINAS. ¿No véis cuán alerta están los que quieren recibir una dignidad de un rey de la tierra, como incitan a otros a que los patrocinen para obtener lo que desean? A los que olvidan las divinas colectas y a los que en la hora de la terrible y mística cena se ocupan en vanas conversaciones y charlatanerías les diría yo: Hombre, ¿qué estás haciendo? Cuando el sacerdote dijo: "Arriba los pensamientos y corazones", tú ¿no le hiciste una promesa diciendo: "Los tenemos dirigidos hacia el Señor"? ¿no te avergüenzas y enrojeces de ser hallado mentiroso en aquella hora? ¡Extraña cosa! Está preparada la mística cena y el Cordero de Dios se inmola por tí; por tí se angustia el sacerdote, brota de la sagrada mesa el fuego espiritual, asisten los querubines, vuelan en torno los serafines, los espíritus de seis alas cubren su rostro (Is.6:2) todas las potestades incorpóreas con el sacerdote interceden por tí; desciende del cielo el fuego espiritual; la sangre se derrama del costado inmaculado al cáliz para tu purificación, y tú, ¿no temes ni te avergüenzas de encontrarte en esa hora tremenda, hecho un mentiroso?

Teniendo la semana ciento sesenta y ocho horas, sólo una separó Dios para Sí, y tú la empleas en obras profanas y ridículas y en vanas charlatanerías. ¿Con qué confianza te acercas después a los misterios?

Si en tu mano tuvieras estiércol, ¿te atreverías a tocar la orla del vestido de un rey de la tierra? De ninguna manera."

-----0-----

SIGNIFICADO DE LA NAVIDAD

La Navidad está considerada por la Iglesia Universal como una gran fiesta. Si bien la primera en importancia es la Pascua, porque Ella trae consigo la culminación de la obra de la Redención y el principio primero del sentido de vida cristianos, la Navidad posee su propia dimensión. Por ello la Santa Iglesia Ortodoxa la considera entre las doce principales fiestas.

Hasta el siglo III de la era cristiana no existía el festejo del 25 de Diciembre como día del Nacimiento de Nuestro Salvador Señor Jesucristo, puesto que como tal estaba aquel implícito en la Epifanía (el Bautismo de Nuestro Señor, celebrado el 6 de enero; 19 de enero según el calendario gregoriano) vale decir que el comienzo de Su vida pública era considerado como Su nacimiento.

El Patriarcado de la Iglesia de Roma, ante la imposibilidad de terminar con la fiesta pagana del culto de adoración al sol (del nacimiento de la luz), que era festejado precisamente el 25 de diciembre, impone la idea de festejar ese día el nacimiento de la Verdadera Luz, es decir el "NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO POR LA VIRGEN MARIA, MADRE DE DIOS". Tal el título auténtico de la Navidad.

Este criterio fué inmediatamente aceptado por el oriente cristiano, con gran

apoyo de San Juan Crisóstomo, puesto que este concepto y el título de "La Natividad (nacimiento) de Nuestro Señor Jesucristo por la Virgen María, Madre de Dios", fortalecía la fé de la Iglesia Universal en contra de la heregía nestoriana.

Con relación al significado de la Navidad, expondremos a continuación las enseñanzas de nuestro Padre San Juan de Kronstadt:

LA FIESTA DE LA RENOVACION

Enseñanzas sobre las semanas que preceden a la Navidad por SAN JUAN DE KRONSTADT.

7 "Nos aproximamos, queridos hermanos, a la salvífica fiesta del Nacimiento en la (la carne de Nuestro Señor Dios y Salvador, Jesucristo.

La Iglesia se prepara para este maravilloso misterio, con oraciones e himnos espirituales, con varios días de anticipación a la celebración Navideña.

Estos himnos nos recuerdan: nuestro divino derecho de nacimiento, como así también la pérdida de nuestra filiación por causa del pecado. Nos recuerdan también que a través del arrepentimiento se restaura dicha filiación, nuestro común parentesco espiritual y el espíritu de amor y caridad mutuos.

Y dado que celebramos esta fiesta del amor infinito de Dios y Su extrema condescendencia, no de manera mundana sino espiritual, consideremos brevemente lo siguiente:

¿Por qué Dios se hizo Hombre, permaneciendo como Dios? y ¿qué requiere de nosotros la Encarnación de Dios?

Habiendo expuesto estas dos preguntas, responderemos a la primera con las palabras del Arcángel a José, el desposado de la Virgen Santísima: -"Dios se hizo Hombre para salvar a Su pueblo de sus pecados"- (San Mateo 1:21). Por esta razón El es llamado JESUS, que significa "SALVADOR".

Fué por nuestra salvación que el Señor vino a la tierra y se hizo hombre, para regenerar en nosotros la imagen de Dios que habíamos perdido. El Hijo de Dios se hizo Hijo del Hombre para hacer de nosotros hijos de Dios, a quienes éramos hijos de la ira y la condenación eterna.

En las palabras del Santo Apóstol Juan el Teólogo: -"Para que seamos llamados hijos de Dios"- (San Juan 1 - 3:1); -"Ahora Dios se hizo hombre, para hacer de Adán semejante a El"- (Stijarión para laudes de la Anunciación).

¡Oh, inenarrable amor de Dios! ¡Oh, indecible compasión del Señor!

- Y El, el Santísimo, hizo esto: divinizó a la humanidad en Sus elegidos, la lavó de todo mal del alma y del cuerpo, la Santificó y glorificó, la llevó de la corrupción a la vida eterna, la hizo digna de estar en bendición ante el terrible trono de Su gloria.

Y nos divinizó también a nosotros, hermanos y hermanas; nos dió un nuevo nacimiento a través del agua y el Espíritu Santo, nos santificó, nos hizo hijos Suyos, nos dió la promesa de vida eterna y eterna bendición, sobrepasando todo lo indecible e imaginable.

Y en confirmación, como certeza de futuras bendiciones, nos dió aún en la tierra, Su Espíritu Santo, para que more en nuestros corazones: -"Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama ¡Abba, Padre!"- (Gal. 4:6) escribe el Apóstol.

Así, mis hermanos, la fiesta de la Natividad de Cristo nos recuerda que nacimos de Dios, que fuimos Salvados del pecado y que debemos vivir para Dios y no para el pecado, no para la carne y la sangre, no para el mundo que yace en el mal (1 San Juan 5:19), no para la corrupción terrestre, sino para la herencia incorruptible... reservada en el cielo (1 San Pedro 1:4). Vosotros que os preparáis para celebrar la fiesta de la Natividad de Cristo, preguntáos a vosotros mismos: ¿He preservado el nacimiento espiritual de Dios que recibí en el Bautismo? ¿Tengo siempre presente mi divina filiación y el Santo Tesoro del Espíritu Santo adquirido en el Bautismo? ¿Me he acercado a Dios por la fé y el amor, como Sus hijos amados? ¿Nos hemos amado los unos a los otros como corresponde a hijos de Dios? ¿He rechazado el pecado, perverso, maligno y destructor? ¿He amado la verdad y toda virtud? ¿He amado la vida eterna e inmortal preparada donde no concluirá y donde somos llamados por Aquel que vino a nuestra corrupta tierra?

Estas son preguntas que debemos hacernos ahora y decidir, no sólo con nuestras mentes sino por sobre todo, con nuestro corazón y nuestros actos.

En general, no debemos permitirnos el celebrar ninguna fiesta Cristiana sin considerar seriamente: cuál es el sentido y el propósito; cuál es nuestra responsabilidad ante ello. Debemos conocer el sentido Cristiano ante cada fiesta. Entonces la festividad será beneficiosa para la salvación de nuestra alma. De lo contrario, el enemigo de nuestra Salvación nos arrebatará y convertirá la fiesta de Dios en fiesta de la carne y del desorden, como frecuentemente ocurre.

Habiendo resuelto la primera pregunta: ¿Por qué Dios se hizo hombre? llegamos a la resolución de la segunda: ¿qué requiere de nosotros la Encarnación del Hijo de Dios?

Requiere de nosotros recordar y honrar el hecho que nacimos de Dios; y si hemos mancillado y hollado este nacimiento con nuestros pecados, debemos restaurarlo lavando con lágrimas de arrepentimiento; restauremos y renovemos en nosotros la imagen de Dios y la unión con el Dios de bendición, verdad y santidad que habíamos destruido. La Encarnación del Hijo de Dios requiere de nosotros, sobre todo, amor mutuo, humildad, para ayudar y servir al prójimo. Viendo el amor de Dios hacia nosotros ¿cómo no amarnos mutuamente?

¿Cómo podemos no ser humildes viendo tal humildad, tal condescendencia por nuestra causa, del Hijo de Dios?

¿Cómo podemos no ayudarnos mutuamente de todos los modos posibles, si el Hijo de Dios mismo vino no para ser servido, sino para servir y para dar Su vida en rescate por muchos? (San Mateo 20:28)

Como los sabios, preparemos también nosotros, hermanos, regalos para el Rey recién nacido. En lugar de oro, incienso y mirra, llevémosle presentes de FE, ESPERANZA Y AMOR. AMEN.".-

ENSEÑANZAS.

SOBRE LA CONFESION

(Extractado de "Relatos de un Peregrino Ruso")

....."Al día siguiente con la ayuda de Dios, llegué a Kiev. Lo primero y más importante que quería hacer era ayunar un poco y confesarme y comulgar en esa santa ciudad. Así que me detuve cerca de los Santos (1), ya que así era más fácil para ir a la iglesia. El bueno de un cosaco me acogió, y como él vivía solo en su cabaña, encontré allí paz y tranquilidad. Al cabo de una semana, en la que me había preparado para la confesión, me vino a la cabeza que debería hacerla cuanto más detallada mejor. Así que me puse a traer al recuerdo y a repasar por completo todos los pecados desde mi juventud en adelante. Y con el fin de no olvidar ninguno, puse por escrito, y con todo detalle, todo lo que pude recordar. Llené con ello una gran hoja de papel.

Me enteré de que en Kitaevaya Pustina, a unas siete verstas de Kiev, había un sacerdote de vida ascética, que era muy sabio y comprensivo. Quienquiera que acudiese a él en confesión, encontraba un ambiente de tierna compasión, y se marchaba con enseñanzas para su salvación de desahogo de espíritu. Me alegré mucho el enterarme de esto, y me fuí hacia allí en seguida. Después que hube pedido su consejo, y hubimos hablado un rato, le dí a leer mi hoja de papel. La leyó por entero, y luego me dijo:

- Querido amigo, mucho de lo que has escrito es absolutamente futil. Escucha: Primero: no traigas a confesión pecados de los que ya te hayas arrepentido y te hayan sido perdonados; no vuelvas sobre ellos de nuevo, puesto que esto sería dudar de la fuerza del sacramento de la penitencia. Segundo: no hagas memoria de otra gente que haya tenido relación con tus pecados; júzgate sólo a tí. Tercero: los Santos Padres nos prohíben mencionar todas las circunstancias de los pecados, y nos ordenan confesarnos de ellos en general, a fin de evitar la tentación tanto para nosotros mismos como para el sacerdote. Cuarto: has venido para arrepentirte, y no te arrepientes de que no sepas arrepentirte, esto es, de que tu arrepentimiento sea tibio y negligente. Quinto: has repasado todos estos detalles, pero has pasado por alto lo más importante: No has revelado los pecados más graves de todos. No has confesado, ni anotado, que no amas a Dios, que odias a tu prójimo, que no crees en la Palabra de Dios, y que estás henchido de orgullo y de ambición. Una inmensa cantidad de maldad, y toda nuestra perversión espiritual residen en estos cuatro pecados. Ellos son las raíces de las que brotan los retoños de todos los pecados en que caemos.

Quedé muy sorprendido al oír esto, y dije:

- Perdón, Reverendo Padre, pero ¿cómo es posible no amar a Dios, nuestro Creador y nuestro Guarda? ¿Qué hay en que creer sino la Palabra de Dios, en la que todo es verdadero y santo? Yo quiero bien a todos mis semejantes, ¿y por qué iba a odiarlos? No tengo nada de que enorgullecerme; además de tener innumerables pecados, no tengo nada digno de ser ensalzado, ¿y qué podría yo codiciar, con mi pobreza y con mi mala salud? Naturalmente, si yo fuese un hombre culto, o rico, entonces sin duda sería culpable de las cosas de que habláis.

(1) Es decir, cerca de donde están enterrados, la Laura Kiev-Pecherskaya. Este fué uno de los más famosos e influyentes monasterios de Rusia, y era visitado por cientos de miles de peregrinos cada año. Fué fundado en el siglo XI, y sus catacumbas contenían los cuerpos incorruptos de muchos santos de la antigua Rusia.

- Es una lástima, querido, que comprendieras tan poco de lo que te dije. Mira, vas a aprender más de prisa si te doy estas notas. Es lo que siempre uso para mi propia confesión. Leelas de cabo a rabo, y tendrás, de forma lo bastante clara, una muestra exacta de lo que te acabo de decir.

Me dió las notas, y me puse a leerlas. Helas aquí:

"Confesión que conduce al hombre interior a la humildad"

"Volviendo la mirada atentamente sobre mí mismo, y observando el curso de mi estado interior, he comprobado por experiencia que no amo a Dios, que no amo a mis semejantes, que no tengo fé, y que estoy lleno de orgullo y de sensualidad. Todo esto lo descubro realmente en mí como resultado del examen minucioso de mis sentimientos y de mi conducta, de este modo:

"1. No amo a Dios.—Puesto que si amase a Dios, estaría continuamente pensando en El con profundo gozo. Cada pensamiento de Dios me daría alegría y deleite. Por el contrario, pienso mucho más a menudo, y con mucho más anhelo, en las cosas terrenales, y el pensar en Dios me resulta fatigoso y árido. Si amase a Dios, hablar con El en la oración sería entonces mi alimento y mi deleite, y me llevaría a una ininterrumpida comunión con El. Pero, por el contrario, no sólo no encuentro deleite en la oración, sino que incluso representa un esfuerzo para mí. Lucho con desgano, me debilita la pereza, y estoy siempre dispuesto a ocuparme con afán en cualquier fruslería, con tal que acorte la oración y me aparte de ella. El tiempo se me va sin advertirlo en ocupaciones vanas, pero cuando estoy ocupado con Dios, cuando me pongo en Su presencia, cada hora me parece un año. Quien ama a otra persona, piensa en ella todo el día sin cesar, se la representa en la imaginación, se preocupa por ella, y cualquier circunstancia no se le va nunca del pensamiento. Pero yo, a lo largo del día apenas si reservo una hora para sumirme en meditación sobre Dios, para inflamar mi corazón con amor por El, mientras que entrego con ansia veintitrés horas como fervorosas ofrendas a los ídolos de mis pasiones. Soy pronto a la charla sobre asuntos frívolos y cosas que desagradan al espíritu; eso me dá placer. Pero cuando se trata de la consideración de Dios, todo es aridez, fastidio e indolencia. Aún cuando sea llevado sin querer por otros hacia una conversación espiritual, rápidamente intento cambiar el tema por otro que dé satisfacción a mis deseos. Tengo una curiosidad incansable por las novedades, sean acontecimientos ciudadanos o asuntos políticos. Busco con ahínco la satisfacción de mi amor por el conocimiento en la ciencia y en el arte, y en la manera de obtener cosas que quiero poseer. Pero el estudio de la Ley de Dios, el conocimiento de Dios y de la religión, no me causan efecto, y no sacian ningún apetito de mi alma. Veo estas cosas no sólo como una ocupación no esencial para un cristiano, sino ocasionalmente como una especie de cuestión secundaria en que ocupar quizá el ocio, a ratos perdidos. Para resumir: Si el amor a Dios se reconoce por la observancia de sus mandamientos (Si me amáis, guardaréis mis mandamientos, dice Nuestro Señor Jesucristo), y yo no sólo no los guardo sino que incluso lo procuro poco, se concluye verdaderamente que no amo a Dios. Esto es lo que Basilio el Grande dice: "La prueba de que un hombre no ama a Dios y a Su Cristo está en el hecho de que no guarda Sus mandamientos."

"2. No amo tampoco a mi prójimo.— Puesto que no sólo soy incapaz de decidirme a entregar mi vida por él (conforme a lo que dice el Evangelio), sino que ni siquiera sacrifico mi felicidad, mi bienestar y mi paz por el bien de mis semejantes. Si lo amase tanto como a mí mismo, como manda el Evangelio, sus infortunios me afligirían a mí también e igualmente me deleitaría con su felicidad. Pero, por el contrario, presto oídos a extrañas e infortunadas historias sobre mi prójimo, y no siento pena; me quedo imperturbable o, lo que es peor, encuentro en ello un cierto placer. No sólo no cubro con amor la mala conducta de mi hermano, sino que la proclamo abiertamente con censura. Su bienestar, su honor y su felicidad no me causan placer como si fueran míos, y al igual que si se tratase de algo absolutamente ajeno a mí, no me proporcionan ningún sentimiento

de dicha. Lo que es más, ellos despiertan en mí, de forma sutil, sentimientos de envidia o de menosprecio.

"3. No tengo fé.— Ni en la inmortalidad ni en el Evangelio. Si estuviera firmemente persuadido y creyese sin ninguna duda que más allá de la tumba se encuentra la vida eterna y la recompensa por las acciones de esta vida, pensaría en ello continuamente. La idea misma de la inmortalidad me aterraría, y haría que me condujese en esta vida como un extranjero que se dispone a penetrar en su tierra natal. Por el contrario, ni siquiera pienso en la eternidad, y veo el fin de esta vida terrena como el límite de mi existencia. Y esta secreta idea anida en mi interior: "¿Quién sabe lo que ocurre a la muerte?" Si digo que creo en la inmortalidad, hablo entonces sólo por mi entendimiento, pues mi corazón está muy lejos de una firme convicción de ello. Esto lo atestiguan abiertamente mi conducta y mi continua solicitud en dar satisfacción a la vida de los sentidos. Si mi corazón acogiese con fé el Santo Evangelio como la Palabra de Dios, yo estaría ocupado continuamente con él, lo estudiaría, hallaría deleite en él y pondría con toda devoción mi atención en él. En él se ocultan la sabiduría, la clemencia y el amor; él me llevaría a la felicidad, y yo encontraría gran gozo en estudiar la Ley de Dios día y noche. En él encontraría yo alimento, como mi pan cotidiano, y mi corazón sería movido a guardar sus leyes. Nada en el mundo sería lo bastante fuerte como para apartarme de él. Por el contrario, si de vez en cuando leo o escucho la Palabra de Dios, es tan sólo por necesidad o por un interés general por saber, y al no prestarle una atención estrecha, la encuentro sosa y sin ningún interés. Por lo general, llego al término de la lectura sin sacar ningún provecho, y más que dispuesto a cambiar a una lectura mundana, en la que obtengo mayor placer y encuentro temas nuevos e interesantes."

"4. Estoy lleno de orgullo y de sensual amor por mí mismo.— Todas mis acciones lo confirman. Viendo algo bueno en mí mismo, quiero mostrarlo o enorgullecerme de ello ante otra gente, o admirarme yo mismo interiormente por ello. Si bien revelo una humildad exterior, con todo la atribuyo por entero a mis propias fuerzas y me considero superior a los demás, o por lo menos no peor que ellos. Si yo observo en mí una falta, trato de excusarla, y la disimulo diciendo: "Estoy hecho así," o "no es mía la culpa". Me esfuero con los que no me tratan con respeto y los considero incapaces de apreciar la valía de las personas. Voy jactándome de mis dotes, y tomo como un insulto personal mis tropiezos en cualquier empresa. Murmuro, y encuentro placer en el infortunio de mis enemigos. Si me empeño por algo bueno es sólo con el propósito de ganar admiración, o auto-complacencia espiritual, o consuelo mundano. En una palabra: Hago de mí continuamente un ídolo y le presto servicio ininterrumpidamente, buscando en todo el placer de los sentidos y el sustento para mis pasiones sensuales y mis apetitos.

"Examinando todo esto, me veo arrogante, espurio, incrédulo, sin amor a Dios y con odio hacia mis semejantes. ¿Qué condición podría ser más culpable? La de los espíritus de las tinieblas es mejor que la mía. Ellos aunque no aman a Dios, odian a los hombres y viven de orgullo, por lo menos creen y tiemblan. Pero en cuanto a mí, ¿puede haber una condena más terrible que la que me espera? ¿Y qué sentencia de castigo será más severa que la que recaerá sobre la vida de indiferencia y de desatino que reconozco en mí?".

Leyendo por entero este modelo de confesión que el sacerdote me había dado, quedé horrorizado y pensé para mí: "Dios mío! ¡Qué pecados tan espantosos se esconden dentro de mí, y yo sin haber reparado nunca en ellos!" El deseo de verme limpio de ellos me hizo rogar a este gran padre espiritual que me enseñase cómo conocer las causas de todos los males y cómo curarlos. Y él se puso a instruirme.

- Mira, querido hermano. La causa de no amar a Dios es falta de fé; la falta de fé viene motivada por la carencia de convicción; y la causa de ésta es el descuido en la búsqueda del saber santo y verdadero, la indiferencia hacia la luz del espíritu. En una palabra: Si no tienes fé, no puedes amar; si no tienes convicción, no puedes tener fé; y para alcanzar la convicción debes obtener un conocimiento pleno y exacto de la cuestión que tienes delante. Por la meditación, por el estudio de la Palabra de Dios y por la observación de tu experiencia, debes despertar en tu alma un ansia y un anhelo (o como algunos lo llaman, una "admiración") que te proporcione un deseo insaciable de conocer las cosas más de cerca y más plenamente, y de penetrar más en su naturaleza.

Un autor espiritual habla de ello de este modo: "El amor, dice, crece por lo general con el conocimiento, y cuanto mayor es la hodura y la extensión del conocimiento tanto más amor habrá, más fácilmente se ablandará el corazón y se abrirá al amor de Dios, a medida que contemple con diligencia toda la plenitud y belleza de la naturaleza divina y su limitado amor por los hombres".

Ahora ves, pues, que la causa de aquellos pecados que tú leíste es la pereza en pensar sobre cosas espirituales, pereza que ahoga el sentimiento mismo de la necesidad de tal reflexión. Si quieres saber cómo superar este mal, combate por la iluminación de tu espíritu con todos los medios en tu poder, y lógralo por el estudio aplicado de la Palabra de Dios y la de los Santos Padres, con la ayuda de la meditación y del consejo espiritual, y por la conversación de aquellos que son sabios en Cristo. ¡Ah, querido hermano, con cuanto infortunio nos tropezamos sólo por culpa de nuestra desidia en buscar luz para nuestras almas en la Palabra de verdad! No estudiamos la Ley de Dios día y noche, y no pedimos por ella con diligencia y sin cesar. Y a causa de esto, nuestro hombre interior, indigente, pasa hambre y frío, de tal modo que no tiene fuerzas para dar un paso resuelto hacia adelante en el camino de la virtud y de la salvación. Así que, querido, tomemos la resolución de hacer uso de estos métodos, y de llenar nuestras mentes lo más a menudo posible con pensamientos de cosas celestiales, y el amor, derramado desde lo alto en nuestros corazones, se inflamará dentro de nosotros. Haremos esto juntos, y rezaremos tan amenudo como podamos, pues la oración es el medio capital y más poderoso para nuestra regeneración y nuestra felicidad. Rezaremos en los términos que la Santa Iglesia nos enseña: "Oh Dios, hazme capaz de amar te ahora como he amado el pecado en el pasado"(2).

Escuché todo esto con atención. Profundamente conmovido, pedí a este Padre santo que escuchase mi confesión y me administrase la comunión. Y a la mañana siguiente, después del don de mi comunión, me disponía a volver a Kiev con este bendito viático. Pero el buen padre, que se iba a la laura por un par de días, me retuvo en su celda de ermitaño por este período de tiempo, a fin de que en el silencio de la misma, pudiese yo entregarme a la oración sin estorbos. Y, en efecto, pasé dos días como si estuviera en el cielo. Por las plegarias de mi starets (3), yo, indigno gozaba en perfecta paz. La oración se derramaba por mi corazón tan fácil y tan felizmente, que durante aquel tiempo creo que me olvidé de todo, incluso de mí; en mi pensamiento no estaba más que Jesucristo, y sólo El.

Al fin, el sacerdote volvió, y yo le pedí su guía y su consejo sobre adónde

- (2) De la octava oración de los Maitines del "Devocionario de los Laicos de la Iglesia Ortodoxa Rusa.
- (3) El starets, o el Anciano, es un monje o un solitario que hace vida ascética o de oración, y que, sin tener una función particular en el monasterio, es elegido por los monjes jóvenes o por los laicos como maestro espiritual.

ir ahora en mi ruta de peregrino. Me dió su bendición, diciendo: "Ve a Pochaev, inclínate allí ante la milagrosa Huella (4) de la purísima Madre de Dios, y Ella guiará tus pasos por el camino de la paz".

Así pues, siguiendo con fé su consejo, tres días más tarde partí para Pochaev.

ANUNCIOS.-

"Correo de Lectores"

Comunicamos a nuestros lectores que a partir de este primer número, queda abierto un "Correo de Lectores".

Por este medio se podrán hacer llegar toda inquietud, consultas, aportes, etc., que se irán satisfaciendo en sucesivas publicaciones.

"Suplementos Especiales"

Implementaremos, asimismo, la impresión de "Suplementos Especiales", relacionados con temas religiosos de particular importancia.

Dichos suplementos serán anunciados a través de este medio, destacando el tema, cantidad de fascículos, su aparición, costo, etc.

Podrán solicitarse mediante el "Correo de Lectores" o personalmente.

La Revista "Hermandad Ortodoxa San Sergio" es una publicación de la Hermandad del mismo nombre, fundada por miembros de la Catedral de la Santísima Trinidad, dependiente de S.E. Metropolitano Vitalio de la Iglesia Ortodoxa Rusa en el Extranjero.

Domicilio: Brasil 315, 1154, Buenos Aires, República Argentina.

Correspondencia a nombre de: "Hermandad Ortodoxa San Sergio"

Contribución por ejemplar: A 1,5

- (4) La leyenda, que se dice data de alrededor del siglo XIII, refiere que Nuestra Señora rodeada de santos se apareció, en un resplandor de gloria, a un grupo de pastores. La roca sobre la que se posó se vió después que llevaba la huella de su pié, y de ella salía un hilillo de agua que, con posterioridad, resultó tener poderes curativos. Posteriormente, se erigió un monasterio en el lugar, y la capilla de la Huella se conserva aún en la cripta.-